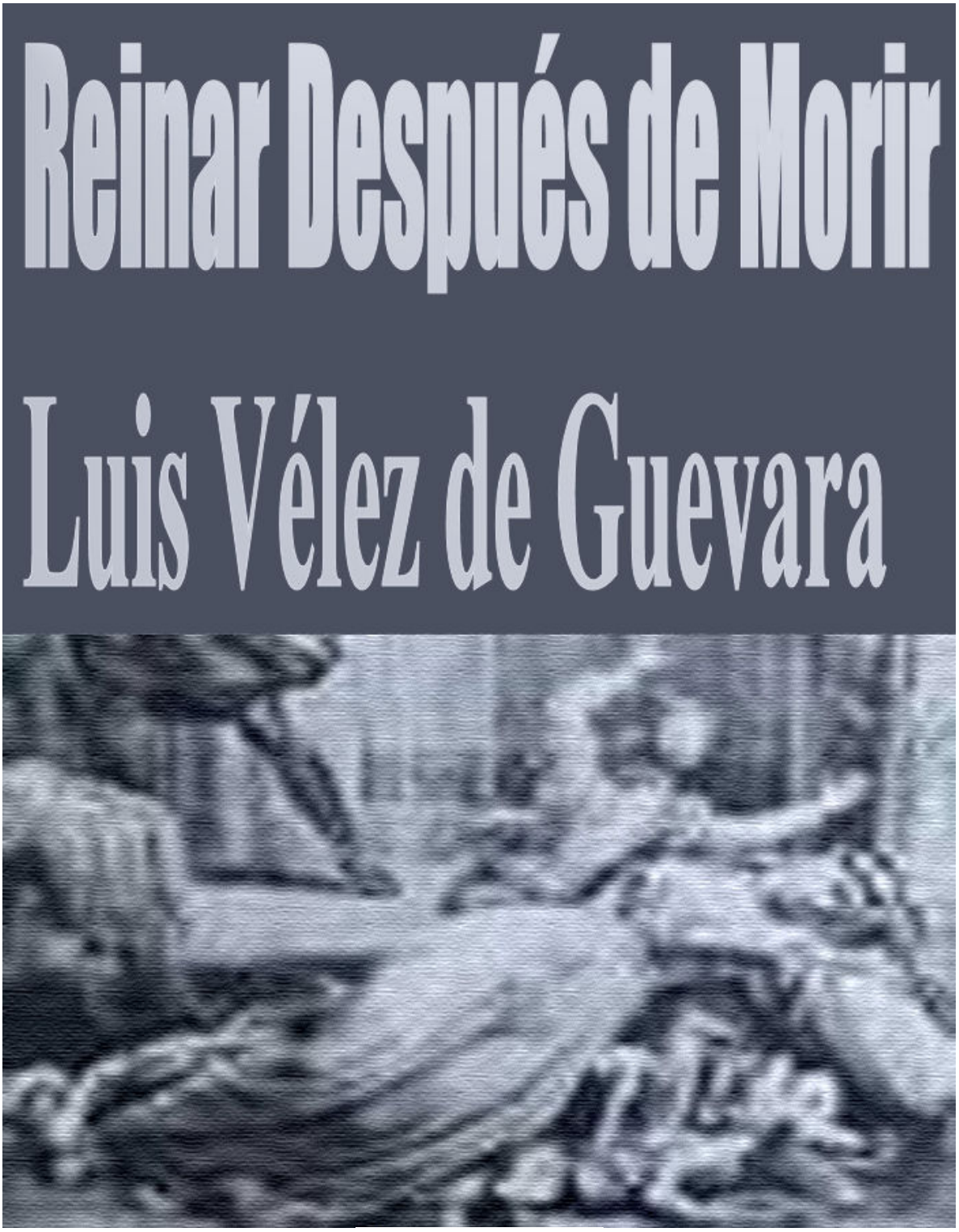
Reinar Después de Morir
Luis Vélez de Guevara



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.		**EL CONDESTABLE DE PORTUGAL.**	
EL PRÍNCIPE DON PEDRO.		**NUÑO DE ALMEIDA.**	
BRITO, criado.		**EGAS COELLO.**	
DOÑA BLANCA, Infanta de Navarra.		**ALVAR GONZÁLEZ.**	
ELVIRA, criada.		**ALFONSO…….**	} niños.
VIOLANTE, criada		**DIONISIO…….**	

Músicos, Cazadores, etc

JORNADA PRIMERA

Salen MÚSICOS cantando, el PRÍNCIPE vistiéndose y el CONDESTABLE.

MÚSICOS (Cantan). *Soles, pues sois tan hermoso,*
no arrojéis rayos soberbios
a quien vive en vuestra luz,
contento en tan algo empleo.

PRÍNCIPE. La capa.

MÚS. 1 El Príncipe sale

MÚSICOS Prosigamos.

PRÍNCIPE El sombrero

MÚSICOS (Cantan). *Vuestra benigna influencia*
mitigue airados incendios,
pues el raudal de mi llanto
es poca agua a tanto fuego.

PRÍNCIPE ¡Ay, Inés, alma de cuanto
peno y lloro, vivo y siento!
Proseguid, cantad.

MÚS. 1 Digamos
Otra letra y tono nuevo. (Cantan.)
Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
cortesana en el aseo,
labradora en guardar fe.

PRÍNCIPE. Parece que a mi cuidado
esa letra quiso hacer,
lisonjeándome el alma,
eterna en mi pecho a Inés.
Volved, volved, por mi vida,
a repetir otra vez
aquesa letra, cantad,
que me ha parecido bien.

MÚSICOS (Canta). Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
cortesana en el aseo,
labradora en guardar fe.

PRÍNCIPE. Pues los pastores publican
que tantas hermosura ven
en la deidad de mi amante,
con justa causa diré
que en perderme fui dichoso,
en tan soberano bien.
Siempre que llega al Montego

parece que sólo al ver
a mi Inés bella, las aves
quisieran besar su pie.
Las plantas de su deidad
Reciben fruto: no hay mes
Que en viéndola no sea mayo;
no hay flor: no hay mes
que en viéndola no sea Mayo;
no hay flor que a su rosicler
no tribute vasallaje.
Si aquesto es verdad, si es
dueño de aves y plantas
y de todo cuanto ve
el cielo es la tierra hermosa,
no la lisonjeo en ser
también yo su esclavo, amor;
pues a mi Inés me humillé,
pues me rendí a su hermosura
a voces confesaré,
diciendo con toda el alma
a los que amantes me ven:
Pastores de Manzanares,
Yo me muero por Inés,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar la fe.

Sale Brito de camino

BRITO. Déle a vuestra Alteza a Brito,
Príncipe, a besar sus pies.

PRÍNCIPE Brito, seas bien venido.
¿Cómo dejas a mi bien?

BRITO. Déjame alentar un poco
y luego te lo diré,
que aun no pienso que he llegado,
que un rocín de Lucifer
que el portugués llama *posta*,
que *jebao* llama el francés,
y el bridón napolitano
algunas veces *corsier*,
de tan altos pensamientos,
que en subiendo encima dél,
anda a coces con el sol
y a cabezadas después,
me trae sin tripas, que todas
se me han subido a la nuez,
a hacer gárgaras con ellas,
sin lo que toca al borrén
que viene haciéndose ruedas
de salmón.

PRÍNCIPE. Calla, no des
suspensión a mi cuidado
sino, dime, ¿cómo fue
tu viaje? Cuenta, Brito,
que ya deseo saber

nuevas de mi hermosa prenda.
Habla, Brito.

BRITO. Bueno, a fe,
Para contarlo quedemos
Solos los dos.

PRÍNCIPE. Dices bien.
Condestable, despejad;
y estos músicos les den,
cuando no por forasteros,
porque han celebrado a Inés
mil escudos.

CONDEST. Despejad.

PRÍNCIPE. Id con Dios.

MÚSICO. El cielo dé
a vuestra Alteza, señor,
un siglo de vida, amén.

PRÍNCIPE. Id con Dios.

MÚSICO. ¡Qué gran valor!

OTRO. ¡Qué cordura!

MÚSICO. Octavio, ven,
no es señor quien señor nace,
sino quien lo sabe ser.

(Vanse los músicos y el Condestable.)

PRÍNCIPE. Ya, Brito, quedamos solos;
dime, ¿cómo queda Inés?
¿Cómo la dejaste, Brito?
Responde presto.

BRITO. A perder
el sentido cada instante
que entre tus brazos no esté.

PRÍNCIPE. ¿Y Alonso y Dionis?

BRITO. El uno
es jazmín y otro clavel,
y cual es retrato
de los dos

PRÍNCIPE. Has dicho bien;
Prosigue, prosigue, Brito.

BRITO. Oye y te la pintaré,
ayer, cuando el blasón de sus almenas
a un tiempo hicieron salva
los músicos de cámara del alba,
el Sol, y luego el día
y primero que todos la alegría.
Guié los pasos luego
a la quinta, Narciso del Montego,
que guarda en dulce empeño
la beldad soberana de tu dueño,
cuando dando al Aurora
celos, el Sol parece que enamora
el Oriente divino
de Inés, Sol para el Sol para el Sol más peregrino.
Que aun no he llegado creo,
piso el umbral y en zaguán me apeo

(que gustan los amantes
que les vayan contando por instantes,
por puntos, por momentos,
las dichas de sus altos pensamientos,
que brevemente dichas
no les parece que parecen dichas).
Al fin al cuarto llego,
alborozado, sin aliento, y luego
a las cerradas puertas,
sólo a tu amor eternamente abiertas,
dos veces toco en vano,
que en este oriente aun era muy temprano;
si bien tu hermoso dueño,
rendida a su criado más que al sueño,
voces dio a las criadas,
menos de mi venida alborozadas.
Perdóneme Violante,
a quien más debe el sueño que su amante,
mas yo, como es mi vida,
la quiero bien dormida y bien vestida,
esté ausente o presente
porque mi amor es menos penitente.

PRÍNCIPE. Pasa, Brito, adelante
y con mi amor no mezcles a Violante,
ni burlas con mis veras,
que espero nuevas de mi bien.

BRITO. Esperas
las que siempre procuro
yo traerte, ¡vive Dios!; al fin el muro,
el oriente dorado
de aquel sol, de aquel cielo, franqueado,
sin reparo ninguno,
corro los aposentos uno a uno
y no para hasta donde
está la esfera que tu Sol esconde;
su amor me desalumbra,
y sin la permisión que se acostumbra,
verla y hablarla trato,
que el alborozo precedió al recato.
Entro, al fin, sin sentido,
y en el dorado tálamo que ha sido
teatro venturoso
más de tu amor que del común reposo,
amaneciendo entonces
y enamorado mármoles y bronces,
los ojos en estrellas,
en nieve y nácar las mejillas bellas,
en claveles la boca,
la frente y manos en cristal de roca,
en rayos los cabellos,
entre Alfonso y Dionís, tus hijos bellos,
asidos a porfía
(por maternal terneza o compañía)
del cuello de alabastro,

deidad admiro a Doña Inés de Castro;
aurora en carne humana,
taraceado abril con la mañana,
todo un cielo abreviado
y al sol de dos luceros abrazados.
Quedé tierno y dudoso,
que, como de aquel árbol generoso
tan hermoso pendían,
racimos de diamantes parecían;
ella, amor ostentando,
aunque de honestidad indicios dando
a la nieve divina,
de púrpura corriendo otra cortina,
que de tales mujeres
siempre son los recatos sumilleres;
más encendida aurora,
sobre las almohadas se incorpora,
y ya, como embarazos,
deja a Dionís y Alfonso de los brazos,
que de sentido ajenos,
favores y ternezas nos echan menos,
tanto en tan dulce empeño
pueden los pocos años con el sueño;
y con ansia infinita,
antes que una palabra me permita,
ni besarla una mano
(recato portugués o castellano),
me dijo:¿Cómo dejas
a Pedro, Brito? Y con celosa quejas
prosiguió, más hermosa
que lo está una mujer que está celosa,
porque han dado los celos
hasta el color que viste a los cielos,
tu tardanza culpando
en Santerem con Doña Blanca, cuanto
tu padre la ha traído para tu esposa.

PRÍNCIPE. Perderé el sentido
Brito, si Inés no fía
todo su amor a toda el alma mía.
Primero verá el cielo
su vecindad de estrellas en el suelo,
verá la noche fría
que puede competir al claro día,
que falte la firmeza
con que yo adoro a Inés.

BRITO. Oiga tu Alteza;
basta, basta, no ofusques
mi relación ni imposibles busques
mal guisados, ni modos,
que yo los doy por recibidos todos,
y lo mismo hará el dueño
por quien me he puesto en semejante empeño.
Al fin escucha atento.

PRÍNCIPE. Prosigue.

BRITO. Como digo de mi cuento...
PRÍNCIPE Acaba.
BRITO. Ven conmigo;
la tal Inés, en la ocasión que digo,
finezas y ansias junta,
y entre falsa y celosa me pregunta:
"Dime, Brito, ¿es bizarra
Doña Blanca la infanta de Navarra,
de Pedro nueva empresa,
que viene a ser de Portugal Princesa?"
Yo le respondo entonces,
haciéndome de pencas y de goces:
"Aunque Blanca no es fea,
es contigo, muy poca taracea,
moneda mal segura
que no puede correr con tu hermosura,
y si intentas igualarse
contigo, muy de noche ha de pasarse."
En esto despertaron
Dionís y Alfonso, y juntos preguntaron
a una vez por su padre;
enternecióse oyéndolos la madre;
o fuese amor o celos;
tocó a anegar en lágrimas dos cielos,
y en lluvias tan extrañas,
sartas de perlas hizo las pestañas
que en sus luces hermosas
de perlas se volvían mariposas,
y abrazándose en ellas
granizaron los párpados estrellas;
y viendo contra el día
que abajo tanto cielo se venía,
calmando sus recelos
dile tu carta y serenó sus cielos.
Cediese a su alegría,
convaleció de su tristeza el día,
quedó el sol sin nublado,
porque del desperdicio aljofarado
al último suspiro
mucho cristal sobró para zafiro.
Tomo el pliego y besóle
y tres o cuatro veces repasóle
con señas diferentes
(que es costumbre de espías y de ausentes).
Pidió la escribanía,
volvió otra vez a perturbarse el día,
los cielos se cubrieron,
a la tinta las lágrimas suplieron
y mientras escribía,
un alma en cada lágrima cabía,
siendo en tantos renglones
las almas muchas más que las razones;
cerró llorando el pliego,
sellóle, despachóme y partí luego

otra vez por la posta,
pareciéndome el mundo senda angosta,
y con el “fuera, aparta”,
entré por Santerem y ésta es su carta.

PRÍNCIPE. Levanta, Brito, del suelo,
que sólo tú puedes dar
tal alivio a mi pesar,
tal fin a mi desconsuelo.
Toma esta cadena, Brito,
en tanto que a besar llego
las letras de aqueste pliego
que Inés con el llanto ha escrito.

BRITO. Besa muy enhorabuena,
mientras que, tomada a peso,
primero yo también beso,
las letras desta cadena.
¡El Rey!

PRÍNCIPE. ¿Mi Padre?

BRITO. Señor,
el mismo.

PRÍNCIPE. Guardaré el pliego
de Inés.

BRITO. Y yo guardar iré
mi cadena, que es mejor.

Sale el REY DON ALFONSO

REY. ¿Príncipe?

PRÍNCIPE. ¿Señor?

REY. ¿Qué hacéis?

PRÍNCIPE. ¿Vos aquí?

REY. No hay que admiraros
de que venga yo a buscaros,
Pedro, pues vos no lo hacéis.
Yo os quisiera hablar despacio.

PRÍNCIPE. (Ap.) (Hoy corre mi amor fortuna.)

EL REY (A Brito)
¿Quién sois vos?

BRITO. Señor, soy
una sabandija de Palacio.

REY. ¿De qué al Príncipe servís?

BRITO. De mozo hidalgo.

REY. Bien,
¿de camino estáis también?

BRITO. Soy su maza.

REY. ¿Qué decís?

BRITO. Que voy siempre con su Alteza
adonde quiera que va.

REY. Y aun donde no va.

BRITO. Ésa es ya
maliciosa sutiliza.

REY. Algo desembarazado
sois.

BRITO. Sí, señor poderoso,
que en Palacio al vergonzoso
siempre el refrán ha culpado.

REY. ¿Cómo os llamáis?
BRITO. Brito.
REY. ¿Vos
sois Brito? Ya quien sois sé,
sois hombre de mucha fe.
BRITO. Eso sí, señor, por Dios,
porque con ella he servido
a su Alteza, como ya
de mí satisfecho está.
PRÍNCIPE. Es Brito muy entendido,
con razón le estimo y quiero,
téngale notable amor.
REY. Para que le hagáis favor
no habrá menester tercero,
que es esto debe tener
gran maña y agilidad.
BRITO. Mintió a vuestra Majestad
quien fue de este parecer,
que a su alteza no le han dado
tan poca parte los cielos,
que haya menester anzuelos
en el ardid del criado.
No me ha menester a mí
para ninguna facción,
porque los méritos son
siempre terceros de sí;
y cuando en alguna se halle
dificultosa de obrar,
no ha de ir, ni es justo, a buscar
alcahuetes a la calle.
Porque le Príncipe es humano
y alguna vez se enamora,
aunque a esta plaza hasta ahora
no le he tomado una mano.
Vuestra real Majestad
perdone estas baratijas,
porque hasta en las sabandijas
la defensa es natural.
Y adiós, que contra cautelas
de palacio asisto en mí,
que estoy indecente así
con botas y con espuelas.
REY. Pedro, los que hemos nacido
padres y reyes, también
hemos de mirar al bien
común más que al nuestro.
PRÍNCIPE. Ha sido,
padre y señor, atención
debida a esa Majestad.
¿Qué me mandáis?
REY. Escuchad,
veréis que tengo razón.
Yo os he casado en Navarra
con la Infanta, que Dios guarde;

y en Lisboa, a vuestra bodas
se han hecho fiestas y tales
que todos nuestro hidalgos
procuraron señalarse
dando muestras con su afecto
de ser nobles y leales.
Después que llegó la Infanta
he reparado que sale
a vuestro rostro un disgusto
que os divierte de lo afable,
os retira de lo alegre,
y sólo pueden llevarse
aquestos extremos, Pedro,
con el mucho amor de padre.
Doña Blanca disimula,
y aunque la causa no sabe,
piensa sin duda que es ella
causa de vuestro pesares.
Hacedme gusto de verla
con amoroso semblante;
Príncipe, desenojadla,
que es vuestra esposa, no halle
cuando con vos tanto gana
el perderse en el ganarse.
Yo os lo ruego como amigo,
os lo pido como padre,
os lo mando como Rey,
no deis lugar a enojarme.
Ella viene, aquí os quedad,
prudente sois, esto baste.

PRÍNCIPE. ¡Ay Inés, cómo por ti,
loco, rendido y amante,
ni admito la corrección
ni hay ventura que me cuadre!

Sale la INFANTA

INFANTA. Guarde Dios a vuestra Alteza.

PRÍNCIPE. ¿Señora?

INFANTA. ¿Príncipe?

PRÍNCIPE. Dadme.
la mano a besar.

INFANTA. Señor,
deteneos, que no es galante
acción que beséis mi mano,
cuando advierto que no sale
ese cortesano afecto
de marido ni de amante.
Yo, señor, soy vuestra esposa
y debéis considerarme
reina ya de Portugal
si fui de Navarra infante.

PRÍNCIPE. (Ap.) (Eso no, viviendo Inés.)
Señora, sólo un instante
os suplico que me deis
audiencia; sentaos y hable

el alma, que muda ha estado
hasta poder declararse.
INFANTA. Decid.
PRÍNCIPE. Atended.
INFANTA. Ya oigo.
Pasas, Príncipe, adelante.
PRÍNCIPE. Casé, señora, en Castilla,
obedeciendo a mi padre,
primera vez con su Infanta,
que en globos de estrellas yace.
Tuve desta dulce unión
un hijo, y puesto que sabe
vuestra Alteza estos principios,
paso a lo más importante.
Cuando mi difunta esposa
vino conmigo a casarse,
pasó a Portugal con ella
una dama suya, un ángel,
una deidad, todo un cielo;
perdóname que la alabe
vuestra Alteza, en su presencia,
que informada de sus partes
importa, porque disculpe
osadas temeridades
cuando advertida conozca
las causas de efectos tales.
Era el fin por acabar
la pintura desta imagen,
el retrato deste sol,
deste archivo de didades,
Doña Inés de Castro, Cuello
de Garza, que con su padre
pasó a servir a la reina,
mejor dijera a matarme;
y aunque siempre su hermosura
fue una misma, ni un instante
me atreví, señora, a verla
con pensamientos de amante,
que a sola mi esposa entonces
rendí de amor vasallaje,
hasta que cruel la Parca
le cortó el vital estambre.
Muerta mi esposa, trató
casarme otra vez mi padre
con vuestra Alteza, señora,
que el cielo mil siglos guarde,
sin que este segundo intento
conmigo comunicase;
yerro que es fuerza que ahora
vuestro decoro le pague,
y le sienta yo, por ser vuestra
Alteza a quien se hace
la ofensa; que el sentimiento
no será bien que me falte

a tiempo que por mi causa
padecéis tantos desaires.
(*Ap*.) (Confusa, hasta ver el fin,
será fuerza que se halle.
Mas supuesto que es forzoso
el decirlo y declararme,
rompa el silencio la voz,
pues que no puedo excusarme.)
Muerta, señora, ya mi esposa amada,
querida tanto como fue llorada,
pasados muchos días de tormento,
difunto el gusto y vivo el sentimiento,
en un jardín, al declinar el día,
mis imaginaciones divertía,
mirando cuadros y admirando flores,
archivos de hermosuras y de olores.
Al doblar una punta de claveles,
desta hermosa pintura los pinceles,
al pasar por un monte de azucenas,
que mirar su blancura pude apenas,
porque la candidez de su hermosura
la vista me robó con la blancura;
y en una fuente hermosa,
que tenía el remate de una rosa,
para su adorno un Fénix de alabastro,
vi a Doña Inés de Castro,
que al margen de la fuente
se miraba en el agua atentamente;
y olvidando de mí, viendo mi muerte
en su deidad, la dije desta suerte:
"Nunca pensé que pudiera,
muerta mi esposa, querer
en mi vida otra mujer,
ni que otro cuidado hubiera
con el dolor divirtiera
de mi pena y mi dolor;
pero ya he visto rigor,
advirtiendo tu deidad,
que aquello fue voluntad,
y aquesto sólo es amor.
¿Cómo puede ser (¡ay cielos!)
que en mi casa haya tenido
el mismo amor escondido
sin que remontase el vuelo
a su atención mi desvelo?
¿Cómo este bien ignoré?
¿Cómo ciego no miré,
cómo en esta luz hermosa
no fui incauta mariposa,
y cómo no te adoré?"
Hice este discurso apenas,
cuando a mirarme volvió
el rostro, y entonces yo
puse silencio a mis penas;

ella, el aliento turbado,
quiso hablar, hablar no pudo,
quedó suspensa y yo mudo,
en su imagen transformado.
El alma al verla salió
por la puerta de los ojos,
y a sus plantas, por despojos,
las potencias le ofreció;
el corazón se rindió
sólo con llegar a ver
esta divina mujer,
y ella, viéndome rendido
y en su hermosura perdido,
pagó con agradecer.
Desde este instante, señora,
desde aqueste punto, Infanta,
hicmos tan dulce unión
reciprocando las almas,
que girasol de su luz,
atento a sus muchas gracias,
vivo en ella tan unido
debajo de la palabra
y fe de reposo, que amor
cuando perdido se halla,
para poderla cobrar
se busca entre nuestra ansias.
En una quinta que está
cerca del Montego, pasa
ausencias inexcusables,
solamente acompañadas
a ratos de mi firmeza
y siempre de mi esperanza.
Tenemos que aqueste logro
de Cupido, de esta llama
del ciego dios, dos infantes,
dos pimpollos y dos ramas,
tan bellos, que es ver dos soles
mirar sus hermosas caras.
Querémonos tan conformes,
son tan unas nuestras almas,
que a un arroyo o fuentecilla
adonde algunas mañanas
sale a recibirme Inés,
todos los de la comarca
llaman, por lisonjearnos,
el Penedo de las ansias.
En fin, señora, mi amor
es tan grande que no hay planta
que para amar no imite,
no hay árbol que con las ramas
esté tan unido como
lo estoy con mi esposa amada.
Y aunque parezca desaire
a vuestra Alteza contarla

aqueste empleo, he advertido
que es mejor, par obligarla,
cuando engañada se advierte,
decirlo y desengañarla,
cuando engañada se advierte,
decirlo y desengañarla,
pues cuando de Portugal
no sea reina, en Alemania,
en Castilla y Aragón,
hay príncipes que estimaran
saber aquesta ventura
que habéis juzgado a desgracia;
y porque me espera Inés
y culpará mi tardanza,
dadme licencia, señora,
que a verme en su cielo vaya,
pues es bien que asista el cuerpo
allá donde tengo el alma. (*Vase*).

INFANTA. ¿Han sucedió a mujer
como yo tales desaires?
¿Cómo es posible que viva
quien ha oído semejante
injuria? ¡Alarma arma! ¡Venganza!
Despida el pecho volcanes
hasta quedar satisfecha.
Muera conmigo quien hace
que a una infanta de Navarra
el decoro le profanen;
que una mujer celosa y agraviada
sola consigo mismo es comparada,
que si la aflige amor y acosan celos,
aun seguros no están della los cielos. (*Vase*.)

Inés, en traje de caza, con escopeta, y Violante, criada.

VIOLANTE. ¿No está cansada, Señora?

DOÑA INÉS. Sí, Violante, y triste estoy;
hacia el Montego me voy,
que el sol el ocaso dora;
y antes que sea más tarde,
pues Pedro no viene, quiero
retirarme.

VIOLANTE. Siempre espero
que hagas de tu gusto alarde,
sin cuidados amorosos.

DOÑA INÉS. Violante, no puedes ser,
que en la que llega a querer
no hay instantes más gustosos
que los que da a su cuidado.
¿Qué será no haber venido
mi Pedro?

VIOLANTE. Le habrá tenido
el Rey, su padre, ocupado;
desecha ya la tristeza
que te aflige.

DOÑA INÉS. No te asombre;

que aunque Pedro es Rey, es hombre
y temo olvidos.

VIOLANTE. Su Alteza
sólo en ti vive, señora,
sólo tu amor le desvela.

DOÑA INÉS. Como el pensamiento vuela,
hizo este discurso ahora.
Violante, advierte mi pena;
que no temo sin razón,
ni esta profunda pasión
es bien que la juzgue ajena;
el Príncipe, mi señor,
aunque amante le he advertido,
se ve, Violante, querido,
y esto aumente mi temor;
advierto que está delante,
contrastando mi fortuna,
una hermosa Venus, una
Blanca, de Navarra infante;
su padre quiere casarle,
aunque casado se ve,
y puede ser que mi fe
llegue, Violante, a cansarle;
mira tú si mi fortuna
infelice puede ser,
que a la más cuerda mujer
se la doy de dos la una;
toma la escopeta allá,
ya que ésta la quinta es.

VIOLANTE. Descansad, señora, pues.

DOÑA INÉS. Todo disgusto me da.

VIOLANTE. ¿Quiere, señora, que cante,
para alivia tu pena,
una letra nueva y buena
que te alegre?

DOÑA INÉS. Sí, Violante;
canta, y no por alegrar mi pena
mi pena te lo consiento,
sino porque a mi tormento
quisiera un rato aliviar.

VIOLANTE. *Saüdade minha.*
¿Cuándo vos vería?

DOÑA INÉS. *Diga el pensamiento,*
pues sólo el siente,
adorado ausente,
lo que de vos siento;
mi pena y tormento
se trueque en contento
con dulce porfía.
Saüdade Minha
¿cuándo vos vería?

VIOLANTE. *Minha saudade*
caro penhor meu
¿a quem direi eu

tamanha verdade?
Na minha vontade
de noite e de dia
siempre vos vería.
Saüdade minha
¿cuándo vos vería? *(Sigue hablando.)*
Parece que se ha dormido,
y con paso diligente
vuelve atrás la hermosa frente,
todo el curso suspendido.
Dejarla quiero al beleño
deste descanso, entre tanto
que da tregua a su llanto,
árboles guardadla el sueño.
Vase y sale el PRÍNCIPE *Don Pedro con* BRITO

PRÍNCIPE. Gracias a Dios, Brito amigo,
que he salido a ver mi bien.
¿Quién fue más dichoso, quién
pudo igualarse conmigo?
¿Posible es, Brito, que estoy
donde pueda ver mi esposa,
entre cuya llama hermosa
simple mariposa soy?

BRITO. Tan posible, que llegamos
a la quinta que está enfrente
del Mondego.

PRÍNCIPE. Aguarda, tente.

BRITO. ¿Has visto algo entre los ramos?

PRÍNCIPE. ¿No ves a Inés celestial
que aquí a la vista se ofrece?

BRITO. Que está dormida parece
al margen de aquel cristal
que la fuente vierte; calla,
no la despiertes señor.

PRÍNCIPE. Díselo, Brito, y no quisiera
impedirla el descansar.

BRITO. Será lástima inquietar
su sosiego.

DOÑA INÉS. (*Soñando*)
Tente, espera…

PRÍNCIPE. Parece que habla.

BRITO. Estará,
señor, entre sueño hablando.

PRÍNCIPE. ¿Qué estará mi bien soñando'

BRITO. Contigo el sueño será.

DOÑA INÉS. ¡Qué me mata, tente, aguarda!
¡Alfonso, Dionís, Violante!

PRÍNCIPE. Deja, Brito, que adelante
pase, porque ya se tarda
mi deseo en ver despierto
mi hermoso sol.

BRITO. Llega pues,
pero despertar a Inés
será grande desacierto.

DOÑA INÉS. No me maten tus rigores;
¿por qué me quitas la vida?
Pedro, Pedro de mi vida,
esposo, mi bien.
PRÍNCIPE. Amores,
mucho he debido al pesar
que en ti ha ocasionado el sueño,
pues te trajo, hermoso dueño,
en mi pecho a descansar.
DOÑA INÉS. ¡Pedro, señor, dueño amado!
PRÍNCIPE. ¿Qué tienes, Inés?
DOÑA INÉS. (*Despierta*). Soñaba
que la vida me quitaba...
PRÍNCIPE. ¿Quién?
DOÑA INÉS. Un león coronado,
y a mis do hijos, ¡hay cielo!,
de mis brazos ajenaba
y airado los entrego
(aun no cesa mi recelo)
a dos brutos que inhumanos
los apartaron de mí.
PRÍNCIPE. ¿Eso, Inés, soñaste?
DOÑA INÉS. Sí.
PRÍNCIPE. Fueron tus recelos vanos,
desecha, Inés, el dolor,
cóbrate más valerosa,
si bien estás más hermosa
con el susto y el temor.
DOÑA INÉS. ¿Eres mío?
PRÍNCIPE. Tuyo soy.
DOÑA INÉS. Y tuya mi fe será.
BRITO. ¿Adónde Violante está?
A pedirla celos voy.
DOÑA INÉS. Nunca como hoy, dueño mío,
temí de mi amor mudanzas,
no porque de ti no fío,
sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra quinta
salí a caza esta mañana,
cuando vi una tortolilla
que entre los chopos lloraba
su amante esposo perdido.
Yo, de verla lastimada,
llegué a temer que mi suerte
no me trajese a imitarla.
Vi luego que de una vid
un olmo galán se enlaza,
y envidiosa de sus dichas
también se me turbo el alma.
Pues un tronco bruto goza
posesión más bien lograda,
yo apenas gozo el bien
cuando todo el bien me falta.
Y como en la tortolilla

he visto más declaradas
mis sospechas temerosas,
siendo yo tan desdichadas,
no es mucho, Pedro, que tema
llegar a imitar sus ansias.

PRÍNCIPE. Inés, si el sol en la tierra,
como produce las plantas,
infundiera en cada flor
una deidad, y llegara
y reducir las bellezas
con las de tus hermosa cara
(que es la mayor, dueño mío),
en otra mujer, palabra
te doy que siendo tuyo
en mi corazón no hallara
ni un cortesano cariño,
ni una amorosa palabra,
ni un pequeño ofrecimiento,
ni un afecto en que mostrara
átomos de la afición
con que te adoro, que tanta
fuerza tiene tu hermosura
desde que está retratada
en mi pecho, que tu nombre
tiene por objeto el alma.
¿Alfonso y Dionís, adónde
están?

Sale ALFONSO, niño

ALFONSO. ¿Padre?

PRÍNCIPE. ¡Prenda amada!
¿Y vuestro hermano?

ALFONSO. Señor,
ahora merendando estaba,
¿quieres que vaya a llamarle?

PRÍNCIPE Si, mi vida.

DOÑA INÉS. ¡Espera, aguarda!

Salen BRITO y VIOLANTE alborotados

BRITO. ¡Señor! ¡Señor! Oye.

PRÍNCIPE. Brito.
¿Qué dices?

VIOLANTE. ¡Señora!

DOÑA INÉS. ¡Cielos!
¿qué es esto?: dilo, Violante.

VIOLANTE. Dilo, Brito, que no puedo.

PRÍNCIPE. ¿De que os turbáis? Hablad ya.

BRITO. Por la orilla del Mondego
y el camino de la quinta
tres coches se han descubierto
y el Rey parecen.

DOÑA INÉS. Hay
más desdichas?

PRÍNCIPE. Ambos son
dos traidores encubiertos.

VIOLANTE. Ya llegan.

DOÑA INÉS. Pues yo me voy
a retirar.
PRÍNCIPE. Deteneos,
señora, que estando yo
con vos, no hay que temer riesgos.
Salen el REY DON ALFONSO, la INFANTA, ALVAR GONZÁLEZ, EGAS COELLO y acompañamientos
REY. Aquesta es la quinta, entrad.
Pedro.
PRÍNCIPE. Señor ¿qué es eso?
INFANTA. (*Aparte*). Ahora empieza mi venganza.
DOÑA INÉS. (*Aparte*). Ahora empiezan mis celos.
REY. (*Aparte*). Ahora empieza mi castigo.
PRÍNCIPE. (*Aparte*). Ahora empieza mi tormento.
ALVAR. (*Aparte*). Ahora se enoja el Rey.
EGAS. (*Aparte*). Ahora se quieta el reino.
VIOLANTE. (*Aparte a Brito*). Ahora te echan a galeras.
BRITO. Ahora te dan ducientos
por alcahueta, Violante.
VIOLANTE. Miente y calle.
BRITO. Callo y miento.
No sé cómo reportarme.
En fin, príncipe Don Pedro,
¿ocasionáis a que haga
vuestro padre estos excesos
de salir para buscaros
fuera de la Corte?
DOÑA INÉS. (*Aparte*). (Cielos,
temiendo estoy su rigor.
pero con todo yo llego.)
Déme vuestra Majestad
a besar su mano.
REY. (*Aparte*). (¿El cielo
mayor belleza ha formado?
De mirarla me enternezco.)
¿Cómo os llamáis?
DOÑA INÉS. Doña Inés
de Castro.
REY. Alzaos del suelo.
DOÑA INÉS. Quien a vuestros pies se ve
goza, señor, de su centro,
pues en ellos...
REY. Levantad.
DOÑA INÉS. Toda mi ventura tengo.
¡Qué honestidad, qué cordura!
¿quién es este caballero?
PRÍNCIPE. Un deudo cercano mío.
REY. También debe ser mi deudo;
lindo es, ¿cómo os llamáis?
ALFONSO. Alfonso, al servicio vuestro.
REY. Por vuestro abuelo será.
DOÑA INÉS. Tiene muy honrado abuelo.
REY. Y muy hermosa y muy noble
madre.
INFANTA. (*Aparte*). ¡Qué ha sido esto, cielos!

REY. Vamos.
INFANTA. (Aparte). ¿A esto el Rey me trajo?
Perderé el entendimiento.
REY. Venid, Infanta.
EGAS. Señor,
ved que para vuestro reino
este inconveniente es grande.
ALVAR. Y con este impedimento
de Doña Inés, Doña Blanca
no logrará su deseo
de casar en Portugal.
REY. Ya lo he mirado, Egas Coello;
mas no es ocasión ahora
de salir de tanto empeño.
ALFONSO. Dadme la mano, señor,
y la bendición.
REY. ¡Qué bueno!
¡Hay más gracioso muchacho!
INFANTA. Mis desdichas voy sintiendo.
REY. ¡Inés!
¡Cuánto con el alma siento
no poder aquí, aunque quiera,
mostrar lo mucho que os quiero!
BRITO. Violante, adiós; que lo deseo.
VIOLANTE. Brito, adiós; que lo deseo.
PRÍNCIPE. Adiós, Inés de mi vida.
DOÑA INÉS. Adiós, adorado dueño.
PRÍNCIPE. ¡Muerto voy!
DOÑA INÉS. ¡Yo voy sin alma!
PRÍNCIPE. ¡Qué desdicha!
DOÑA INÉS. ¡Qué tormento!

JORNADA SEGUNDA

Salen la INFANTA y ELVIRA, criada

INFANTA. Ésta ya es resolución,
no me aconsejes, Elvira.
ELVIRA. Infanta, señora, mira
que aventuras tu opinión.
INFANTA. Aunque lo advierto no ignoro
también que en desprecio tal,
una mujer principal
atropella su decoro.
Deja ya de aconsejarme
y repara que, agraviada,
ofendida y despreciada,
he de morir o vengarme.
A muchas han sucedido
desprecios de voluntad,
mas no de la calidad
que yo los he padecido.
Bien que Inés es muy bizarra,
y aunque hermosa llegue a oponerse
a una infanta de Navarra,
que compitiendo las dos,

aunque es grande su belleza,
para igualar mi grandeza
el Sol es poco, ¡por Dios!

ELVIRA. El rey sale.

INFANTA. Pues, Elvira,
déjame sola, que ahora
he de hablar claro.

ELVIRA. ¿Señora?

INFANTA. Obedece, calla y mira.

ELVIRA. Ya me voy, y ruego al cielo
que se acabe tu cuidado. (*Vase*).

INFANTA. El agravio declarado
no admite ningún consuelo.

Sale el REY, *solo.*

REY. Déjame solo, Coello,
que a solas pretendo hablarla;
quisiera desenojarla.

INFANTA. Pues me ofrece su cabello
la ocasión, quiero lograr
mi intento. ¿Señor?

REY. ¿Infanta?

INFANTA. ¿Tanto favor? ¿Merced tanta?
¿Qué vos me vengáis a honrar?
¡Gran ventura!

REY. Blanca hermosa,
tanto os estimo y venero,
tanto, bella Infanta, os quiero,
que fuera dificultosa
la acción que para serviros
no emprendiera; y este afecto,
hijo de vuestro respeto,
me obliga siempre a asistiros
con un mudo afecto, y tal,
que en lo entendido y bizarra,
dudo si sois en Navarra
nacida, o en Portugal.

INFANTA. Con tato favor tratáis
mi fe, que ciega os adora,
que confusa el alma, ignora
el modo con que me honráis;
pero advierte mi cuidado,
viendo estos extremos dos,
que me habéis querido vos
hablar como desposado,
y advertido del rigor
que el Príncipe usa conmigo,
como padre y como amigo
me mostráis en vos su amor.

REY. ¿En qué estaba divertida,
hija mía, vuestra Alteza?

INFANTA. Sólo en pensar la presteza,
gran señor, de mi partida.

REY. ¿Cómo? ¿Con tal brevedad,
Infanta, queréis partir?

INFANTA. Eso le quiero decir;
oiga vuestra Majestad.
Por concierto de mi hermano
y vuestros mudos pesares,
(hoy hable la estimación,
los demás afectos callen)
a este mar de Portugal
de nuestros navarros mares,
en una ciudad de leños,
en una escuadra volaban
a competencia del aire,
llegué, señor, ¡ay de mí!,
un lunes, para mí martes,
que en el dueño y no el día
se contienen los azares.
Fue tan próspero y feliz
este deseado viaje,
que parece que anunciaban
tan venturosa señales
presagios de la desdichas
que ahora llega a atormentarme.
Salió vuestra majestad
a recibirme y honrarme
con su persona y amor, hijo
de lo afectos de padre.
Y cuando al Príncipe, ¡ay, cielos!,
esperaba para darle
ente la mano de esposa
tiernos requiebros de amante,
posesión del albedrío
uniendo las voluntades,
supe que quedó en Lisboa
sin que su cuidado pase
siquiera a saber con quién
su Alteza pasa a casarse.
Este cuidado o descuido
cuidadoso fueron parte
para empezar, ¡qué desdicha!,
el alma a alborotarme,
y a temer lo que lloré
dentro de pocos instantes
Cuatro veces murió el Sol
en los brazos de la tarde,
por cuya muerte la noche
vistió luto funerable,
primero que de su cuarto
fuese al mío a visitarme,
si fue agravio a mi decoro,
júzguelo quien amar sabe.
Al fin vuestra Majestad
fue a visitarle una tarde;
lo que le mandó no sé,
mas bien puedo asegurarme
que en defender mi justicia

sería todo de mi parte.
Al fin me vio, y los empeños
que tuve en sólo un instante
que le di audiencia, no es bien
que mi lengua los relate;
básteme, siendo quien soy,
que los sepa y que los calle.
Que a no ser dentro de mí
tan bizarra y tan galante,
¿cómo pudiera pasar
por el tropel de desaires
que me han sucedido? ¿Cómo,
sin que abortara volcanes
que en cenizas convirtieran
a quien intentó agraviarme
atrevido y poco atento?
Vamos, señor, adelante,
y perdonad que los celos
llegan a precipitarme,
y el corazón a los labios
se asomó para quejarse.
Pasadas muchas injurias,
que es bien que en silencio pase,
a una quinta del Mondego
fui, porque vos me llevasteis,
a volver más despreciada
que me había mirado antes,
pues se sienta más la ofensa
cuando delante se hace
de quien, mirando el desprecio,
llegará a vanagloriarse;
esto, señor, que parece
que es sentimiento que hace
mi persona en exterior,
según os muestre el semblante,
no es sino que así he querido
de mi suceso informarle,
porque sepa que no ignoro
lo que vuestra Alteza sabe.
Que a no ser así, es sin duda
que no pasara el desaire
de ir a requebrar los nietos,
cuando me ofreció vengarme;
y a no ser así también,
¿cómo pudiera llevarse
que Doña Inés compitiera
(aunque muchas son sus partes)
conmigo? Que no lo hermoso
puede igualar a lo grande.
Decid al Príncipe vos,
no como Rey, como padre,
que sus empeños disculpo;
que ha acertado al emplearse
en quien tan bien le merece,

y que mire cuando agravie,
que no todas, como yo,
podrán desapasionarse.
Este pliego es a mi hermano,
donde le pido que trate
de enviar por mí, sin que sepa
lo que ha podido obligarme;
que no es bien que le dé cuenta
de semejantes desaires.
Con mi partida, señor,
pongo fin a mis pesares,
principio al gusto de Inés,
y medio para que trate
Don Pedro su casamiento,
sin que yo pueda estorbarle;
que, aunque ya lo está en secreto,
como llegó a declararme,
parece que aumenta el gusto
saber que todos lo saben.
Adiós, señor; no me tenga
tu Majestad ni me trate
jamás sino de partirme;
porque sería obligarme
a que haga, por detenerme,
lo que no por despreciarme;
que, aunque ahora soy prudente,
no se, en llegando a enojarme,
si me valdrá la prudencia
para no precipitarme.
No detenerme es cordura;
a mi cuarto voy que es tarde.
No hay, señor, de qué advertirme;
que, pues llegué a declararme,
todo lo habré ya mirado
(¡voy muriendo!); Dios le guarde.

REY. Oye, Infanta.

INFANTA. Alonso invicto,
vuestra majestad no mande
que un instante me detenga,
o vive dios, que a esos mares,
Parténope desdichada,
me arroje para anegarme.

REY. ¿Alvar González? ¿Coello?

Salen ALVAR GONZÁLEZ y COELLO

ALVAR. Señor.

REY. Partid al instante,
y detened a la Infanta.

ALVAR. Ya voy.

EGAS. El Príncipe sale.
No sé cómo de mi enojo
ahora podrá librarse.
¡Que así me empeñe mi hijo!
Irme quiero sin hablarle,
que si le hablo sospecho

que no podré reportarme.

Sale el PRÍNCIPE solo

PRÍNCIPE. Señor, ¿vuestra Majestad
conmigo airado el semblante?
¿La espalda volvéis, señor,
a vuestra hechura?

REY. Dejadme,
no me habéis, que estoy cansado
de ver vuestros disparates.
Príncipe, no me veáis;
Egas Coello, aquesta tarde
de Santarem al castillo
le llevad preso, allí pague
inobediencias que han sido
causas de tantos males.

EGAS. ¡Qué Príncipe tan prudente!

PRÍNCIPE. Pues yo, señor... ¿por qué?

REY. Baste,
ahora veréis si es mejor
obedecer o enojarme.

PRÍNCIPE. En fin, Coello, ¿Qué voy
preso a Santarem?

EGAS. Así
lo manda su Alteza; a mí,
que noble criado soy,
me toca el obedecer.

PRÍNCIPE. ¿Sois vos mi alcalde?

EGAS. El cuidado
y el guardaros ha fiado
a mi noble proceder
y a sola la lealtad mía,
y así es forzoso el hacerlo

PRÍNCIPE. Si ahora anochece, Coello,
mañana será otro día.

EGAS. En cualquier aurora es
mi lealtad muy de español.

PRÍNCIPE. Mil cosas fomenta el Sol
que las deshace después.

EGAS. Yo sé que llego a servir
con fe, señor, verdadera,
y así muera cuando muera,
como os sirva con morir.

PRÍNCIPE. Creo que pena os ha dado
el ver que preso voy.

EGAS. Sé que vuestro esclavo soy,
y que sólo mi cuidado
os sirve días y noches
como criado de ley.

PRÍNCIPE. Coello, sirvamos al Rey;
id a prevenir los coches.

(Vase COELLO y sale BRITO)

PRÍNCIPE. ¿Qué ha, Brito? ¿Qué te parece
de estrella tan importuna?

BRITO. De esto nos da la fortuna

cada día que amanece.

PRÍNCIPE. ¡Qué doloroso trasunto!
Muerto estoy, estoy perdido.

BRITO. Sólo Belerme ha vivido
con el corazón difunto.

PRÍNCIPE. Parte, Brito; dile a Inés...
¿Así te vas?

(Hace BRITO que se va.)

BRITO. ¿Por qué no?

PRÍNCIPE. ¿Qué le dirás?

BRITO. ¿Qué sé yo?
Ya te lo diré después.
Quisiera, señor, ponerme
en la iglesia de San Juan,
porque esperezos me dan
de que el Rey ha de prenderme.

PRÍNCIPE. ¿Y eso temes, Brito? Vete;
mas ¿por qué te ha de prender?

BRITO. Fácil es de conocer;
porque he sido tu alcahuete;
y en ocasión semejante
llegara a sentir de veras
ir a bogar a galeras,
como me dijo Violante.

PRÍNCIPE. Brito, ve a la esposa mía,
y dila que pierdo el seso
hasta que la vea.

BRITO. Y tras eso,
¿cómo el Rey preso te envía?

PRÍNCIPE. Pues si preso me quería,
¿para qué dos veces preso?
Que a explicar mi sentimiento
no basto, y si a eso te obligo,
di todo lo que no digo,
pues no cabe en lo que siento.

BRITO. Direle que partes ciego
por su amor, lo que la adoras,
lo que suspiras y lloras,
cuánto te abra su fuego.

PRÍNCIPE. A mucho te has obligado;
que el mal a que estoy rendido
bien cabe en lo padecido;
mas no cabrá en lo contado.
Dila que el Rey inhumano...
Oye, Brito, y no la aflijas,
y aquellas dos perlas, hijas
de aquel nácar castellano...

BRITO. No te enternezcas, señor;
mira que llorando estás.

PRÍNCIPE. ¡Ay, Brito!, no puedo más.

BRITO. ¿Adónde está tu valor?
Préndate el Rey, que el proceso
podrás romper algún día.

PRÍNCIPE. Mas si preso me quería,

¿para qué dos veces preso?

Salen DOÑA INÉS *y* VIOLANTE

VIOLANTE. ¿Acabaste ya el papel?
DOÑA INÉS. No.
VIOLANTE. Pues ¿cómo?
DOÑA INÉS. He reparado
que no cabra mi cuidado
ni mis finezas en él.
VIOLANTE. ¿Leíste la glosa?
DOÑA INÉS. Sí,
y es tal, que pude llegar
cuando la miré, a pensar
que se escribió para mí.
VIOLANTE. ¿Sábesla ya?
DOÑA INÉS. Ya lo sé.
VIOLANTE. ¿Toda?
DOÑA INÉS. Nada hay que te espante;
mientras estuve, Violante,
en mi cuarto la estudié.
VIOLANTE. ¿Quieres decirla Señora?
DOÑA INÉS. Sí, Violante, aquesta es;
atiende.
VIOLANTE. Ya escucho.
DOÑA INÉS. Pues
no te diviertas ahora.
Mi vida, aunque sea pasión,
no querría yo perdella,
por no perder la razón
que tengo de estar sin ella.
Dichoso y favorecido
me vi, Nise, en un instante,
y luego pasé de amante
a extremos de aborrecido;
mas, aunque airado Cupido,
la flecha trocó en arpón,
no pudo ser ocasión
para desear mi muerte,
que he de querer por quererte,
mi vida, aunque sea pasión.
El alma con que vivía
se fue a ti cuando pensaba
que en mi pecho la hospedaba
como tuya, siendo mía;
y aunque perdida la vía,
sin formar de amor querella,
contento me vi sin ella;
mas a no ser en despojos,
Nise, de tus bellos ojos,
no quería yo perdella.
Gobierno del hombre han sido
voluntad y entendimiento
con que a la razón atento
mientras hombre fui, he vivido;
pero después que Cupido

puso en ti mi inclinación,
puede tanto mi pasión
que jamás, bella mujer,
no te quisiera perder
por no perder la razón.
Cautivo y sin libertad
vivo después que te vi,
y aunque viví en mí sin mí,
rendido a tu voluntad,
esperé de ti piedad;
pero después que a mi estrella
tu imperio, Nise, atropella,
es tan corta mi ventura,
que ella misma me asegura
que tengo de estar sin ella.

Sale BRITO

BRITO Esconde, Inés, si es posible,
que no será fácil, de esos
peligrosos dulces ojos
los hermosos rayos negros.
Esconde, por vida tuya,
lo canicular, lo fresco,
lo florido, lo nevado,
lo apacible, lo severo,
lo buscado, lo temido,
lo juguetón, lo compuesto,
lo alegre, lo mesurado,
lo lindo, lo más bello
de esa cara, que un nublado
no le ha de faltar a un cielo
donde hay tantas pesadumbre.

DOÑA INÉS. ¿Qué dices?

BRITO. Vete de presto
que viene la Infanta acá.

DOÑA INÉS. ¿La Infanta acá?

BRITO. Pretendiendo
hallar en esa ribera,
por no perder el trofeo,
una garza que del aire
hoy ha derribado, entiendo
que ha de llegar.

DOÑA INÉS. Oye, Brito,
¿garza?

BRITO. Sí.

DOÑA INÉS. ¿Y ella la ha muerto?

BRITO. Ella ha sido, que a volar
con un escuadrón soberbio
de pájaros salió armada.

DOÑA INÉS. Escuadrón sería de celos,
pues vino a matarme a mí.

BRITO. En un alazán soberbio,
con la rienda en una mano
y en la otra uno dellos,
la vieras como una Palas,

o la borracha Venus.

DOÑA INÉS. Válgame Dios, ¿qué he de hacer?
Quiero retirarme, quiero
que no me vea; mas no,
sin duda es mejor acuerdo
esperarla y ver si pueden
cortesanos cumplimientos
obligarla

BRITO. Dices bien.

DOÑA INÉS. Dime ahora de mi dueño:
¿cómo le dejaste, Brito?
¿Tiene el príncipe Don Pedro
salud?

BRITO. Aunque de su parte
sólo a visitarte vengo,
para que sepas, señora,
lo que pasa allá de nuevo,
no es posible, sólo digo,
mi señora, que te puedo
asegurar que esta noche
vendrá a verte.

DOÑA INÉS. ¿Cierto?

BRITO. Cierto.

DOÑA INÉS. Y dime, Brito, ¿qué hay
de la Infanta?

BRITO. Que la veo
ya junto a ti.

DOÑA INÉS. Enhoramala
venga a estorbar mis intentos.

Salen la INFANTA, ALVAR GONZÁLEZ, COELLO y CAZADORES

INFANTA. Mucho he sentido perdella.

ALVAR. Remotó, señora, el vuelo
tanto, que ha sido imposible
el hallarla.

INFANTA. El aire creo
que en sí la habrá transformado
para volar más ligero,
pues della envidioso pudo
tomar ligereza.

DOÑA INÉS. El cielo
dé a vuestra Alteza, señora,
la vida que yo deseo.

INFANTA. (Ap.) (No me estuviera muy bien.)
Inés, levantad del suelo.
¿Vos aquí?

DOÑA INÉS. Si esta ventura
de hablaros, señora, y veros,
por estar aquí he ganado,
decir sin lisonja puedo
que sólo he sido dichosa
aqueste instante que os veo.

INFANTA. (Ap.) (Parece que está triste;
¿si ha sabido que a Don Pedro
le prendió el Rey? Es sin duda;

pues, amor, examinemos
si podéis vivir en mí,
que, aunque ya muerto os contemplo,
para llegarlo a creer
falta el último remedio.)
Triste estáis.

DOÑA INÉS. Señora, ¿yo?

INFANTA. No os aflijáis, que os prometo
que me holgara de poder
daros, Doña Inés, consuelo.
El Príncipe en asistiros
nunca pudo ser eterno,
siempre ha menester casarse,
ya lo está conmigo.

DOÑA INÉS. ¡Cielos!
¿qué decís?

INFANTA. Que a Santaren
como ya sabéis, fue preso,
y saldrá para que así,
en un dichoso himeneo,
junte dos almas que vos
habéis dividido

DOÑA INÉS. (Ap.) (Esto
no se puede ya llevar,
que, fuera de ser desprecio,
son celos, y nadie ha habido
cuerda en llegar a tenerlos.
Responderla quiero.)

INFANTA. Inés,
suspended un poco el vuelo
con que altiva habéis volado,
reducíos a vuestro centro,
y sírvaos de corrección,
de aviso y de claro ejemplo
que a una blanca garza, hija
de la hermosura del viento,
voló estar tarde, y, altiva,
cuando ya llegaba al cielo,
la desplazó en sus garras
un gerifalte soberbio,
enfadado de mirar
que a su coronado cetro
desvanecida intentase
competir. Esto os advierto.

DOÑA INÉS. (Ap.) No puedo
callar ya)

ALVAR. Mucho la Infanta
se ha declarado.

EGAS. Yo temo
alguna desdicha aquí.

DOÑA INÉS Infanta, con respeto
que a tanta soberanía
se debe, deciros quiero
que no ajéis de mi nobleza

lo encumbrado con ejemplos.
Yo soy Doña Inés de Castro
Cuello de Garza, y me veo,
si vos de Navarra infanta,
reina de aqueste hemisferio
de Portugal, y casada
con el Príncipe Don Pedro
estoy primero que vos;
mirad si mi casamiento
será, Infanta, preferido,
siendo conmigo y primero.
No penséis, señora, no,
que es profanar el repeto
que debo, hablaros así,
sino responde que intento
desempeñar a mi esposo;
pues si él asiste en mi pecho,
con él habláis, no conmigo;
y puesto que soy él, debo,
si habláis con Doña Inés,
responder como Don Pedro.

INFANTA. ¡Oh, Inés, cómo os olvidáis
que la que cayó del cielo
era garza!

DOÑA INÉS. Y blanca y todo,
según vos dijisteis.

INFANTA. Bueno,
¿vos me respondéis a mí,
equívocos desacuerdos?

DOÑA INÉS. Mal he hecho yo, señora.

ALVAR. ¡Que así perdiese el respeto
a tanta soberanía!

DOÑA INÉS. Sí dije (válgame el cielo!)
que era blanca.

INFANTA. Bien está;
retiraos.

DOÑA INÉS. Amor, ¿qué es esto?

EGAS. El Rey viene ya.

INFANTA. Mi enojo
quiero reprimir.

DOÑA INÉS. Yo entro
temerosa y afligida.
Vamos, Violante, que espero
hallar a Dionís y Alfonso,
si no remedio, consuelo.

Vanse DOÑA INÉS y VIOLANTE y sale el REY y acompañamiento

REY. Lograr no pensé el hallaros.

BRITO. Voy a decir a Don Pedro
todo cuanto ha sucedido.

REY. Hija Infanta, ¿qué es aquesto?
¿Cómo ha pasado la tarde
vuestra Alteza en el empleo
de la caza?

INFANTA. Gran señor,

en la falta de ese cerro,
que la guarnece de plata
un lisonjero arroyuelo,
descubrimos una garza,
y aunque al remontar el vuelo
perdió la vida, volvió
a vivir, señor de nuevo,
que no tengo con las garzas
ni jurisdicción ni imperio,
después que una garza a mí
con viles celos me ha muerto.

REY. No os entiendo.

INFANTA. ¡Ay, gran señor,
pues bien podéis entenderlo!,
que no es la enigma difícil
ni es el engaño encubier.
Doña Inés ahora acaba
de decirme que Don Pedro,
el Príncipe, es ya su esposo;
y aunque él le dijo primero,
no lo creí, por pensar
que pudiera ser incierto;
mas después que Doña Inés,
sin decoro y sin respeto,
se atrevió a decirlo a mí,
ha sido fuerza el creerlo.

REY. ¿Qué la modestia de Inés,
virtud y recogimiento,
pudo atreverse a perder
la veneración que os tengo?
Vive Dios, Alvar González,
que el Príncipe, loco y ciego
ha de ocasionarme a dar
con su muerte un escarmiento
tan grande que a Portugal
sirva de futuro ejemplo.
Yo remediaré esta injuria.

INFANTA. Señor, el mejor remedio
es no buscarle, que yo
desde este instante os prometo
olvidar, que sólo olvido
puede ser, si bien lo advierto,
medio para que se acabe
mi enojo, señor, y el vuestro.

REY. ¿Qué os parece, Alvar González?

ALVAR. Señor, si ya todo el reino
espera con alegría
este feliz casamiento,
será grande inconveniente
(así, gran señor, lo entiendo)
que no llegue a ejecutarse;
y así, fuera buen acuerdo
apartar a Doña Inés
de Portugal.

REY. ¿Cómo puedo,
si está casada?
ALVAR. Señor,
cuando aqueste impedimento,
que es el mayor, no se pueda
remediar...
REY. Dadme consejo.
ALVAR. Me parece que la vida
de Inés...
REY. ¿Qué decís?
ALVAR. Entiendo...
REY. Declaraos; ¿por qué teméis?
¡Acabad!
ALVAR. Tengo por cierto
que peligrará.
REY. ¿Por qué?
ALVAR. Señor, porque en sólo eso
consistía el que pudiese
gozar la Infanta a Don Pedro.
INFANTA. Eso no, que mis agravios,
aunque ofendida los siento,
no han de pasar a poder
conmigo más que yo puedo.
Viva mil siglos Inés,
que si hoy por ella padezco,
no es culpada en mis desdichas,
yo sí, pues yo las merezco.
REY. Vamos a mirar mejor
lo qu se ha de hacer en esto.
ALVAR. ¿A la ciudad?
REY. No, que estoy
cansado y algo indispuesto.
Vamos González a la cacería,
Alvar González, de Coello.
INFANTA. ¿Está cerca?
ALVAR. Sí, señora.
REY. Disponed, piadoso cielo,
modo para consolarme,
que si aquesto dura, temo
que me han de acabar la vida,
pesares y sentimientos.
INFANTA. Vamos, señor.
REY. Vamos, hija.
INFANTA. ¡Qué valor!
REY. ¡Qué entendimiento!
INFANTA. ¡Qué prudencia!
REY. ¡Qué cordura!
Dadme la mano que quiero
ser vuestro escudero yo.
INFANTA. Tanto favor agradezco.
REY. ¡Quién viera de aquesta suerte,
Blanca hermosa, a vos y a Pedro!
Vanse y salen DOÑA INÉS y el PRÍNCIPE DON PEDRO
DOÑA INÉS. Digo que no me aseguro.

PRÍNCIPE. ¿Posible es que no conoces
que es imposible engañar,
Inés, tus hermosos soles?
Cese el disgusto, mi bien,
y acábense los rigores;
no me metas con desaires,
basta matarme de amores.
¿Tú enojada? ¿Tú tan triste?
¿Cómo puede ser que borre
nublados de tus discursos
tus hermosos esplendores?
Habla, Inés, dime tu pena,
¿por qué, mi bien, no respondes?
Más vale si he de morir
que me refieran tus voces
la causa por que me matas;
no es bien que sintiendo el golpe,
cuando no ignoro el morir
el porqué, mi bien, ignore.

DOÑA INÉS. Señor, esposo, mi vida,
dueño mío, Pedro...

PRÍNCIPE. Ahorre
tu lengua, Inés, epítetos
y dime ya quién te pone
a ti con tal desconsuelo
y a mí en tantas confusiones.

DOÑA INÉS. Tu Padre...

PRÍNCIPE. Habla.

DOÑA INÉS. Pretende...

PRÍNCIPE. Acaba, amores.

DOÑA INÉS. Dispone.

PRÍNCIPE. ¿Qué te turbas?

DOÑA INÉS. Que te cases.

PRÍNCIPE. Si aquesos son tus temores,
inadvertida has nadado,
pues sabes que en todo el orbe
no he de tener otro dueño.

DOÑA INÉS. Aunque miro tus acciones,
esposo y señor, dispuestas
a hacerme tantos favores,
es bien que adviertas que ya
la fortuna cruel dispone
que te pierda, dueño mío,
y que de tus brazos goce
la Infanta que te previene
tu padre para consorte.
Y puesto que no es posible
que seas mío ni que logre
más finezas en tus brazos,
será fuerza que me otorgues,
Pedro, dueño de mi alma,
piadosa intercesiones
para que el Rey, de mi vida
la vital hebra no corte.

Con tus hijos viviré
en lo áspero de los monte,
compañera de las fieras;
y con gemidos feroces
pediré justicia al cielo,
pues que no la hallé en los hombres,
de quien de tan dulce lazo
aparta dos corazones.
Mis hijos y yo, señor,
con tiernas exclamaciones,
huérfanos y sin abrigo,
daremos ejemplo al orbe
de los peligros que pasa
y a cuántas penas se expone
quien, sin ver inconvenientes,
se casa loca de amores.
Por lo que un tiempo quiso,
señor, es bien que me otorgue
esta merced, no padezca
quien fue vuestra los rigores
de una injustita, mi bien,
que mármoles hay y bronces
que harán vuestra fama eterna.
Ahora es tiempo de que note
la mayor fineza en vos;
mostrad, mostrad los blasones
de vuestra heroica piedad,
para que conozca el orbe
que si matarme el Rey ha pretendido,
me habéis, heroico dueño, defendido
con valiente osadía y fe constante,
por mujer, por esposa y por amante.

PRÍNCIPE. No creyera, bella Inés,
que jamás desconfiaras
de la fe con que te adoro;
alza del suelo, levanta,
enjuga los bellos ojos,
que las perlas que derramas
parecen mal en la tierra,
en tus nácares las guarda,
que no hay en el mundo quien
se atreva, esposa, a comprarlas.
Si mi padre la cerviz
me derribara a sus plantas;
si la Infanta, que aborrezco,
la vida, Inés, me quitara
porque mi padre contento
quedase, y ella vengada,
no sólo fuera su esposo,
pero yo de mi garganta
derribara la cabeza
primero que me obligara
a decir sí, que te adoro
de tal suerte, prenda amada,

que sin ti no quiero vida.
DOÑA INÉS. ¿Cumplirásme esa a palabra?
PRÍNCIPE. Digo mil veces que sí.
DOÑA INÉS. Pues ya mi temor se acaba.
dime ¿cómo has quebrantado
la prisión?
PRÍNCIPE. Esta mañana
a Egas Coello le pedí
me dejase que llegara
a verte, y aunque es traidor,
temiendo que me enojara,
no me impidió.
DOÑA INÉS. Pues, señor,
volved antes que las guardas
os echen menos, que es tarde,
y volvedme a ver mañana.
PRÍNCIPE. Adiós, Inés.
DOÑA INÉS. Adiós, Pedro,
no me olvides.
PRÍNCIPE. Excusada
está, esposa, esa advertencia.
DOÑA INÉS. ¿Si vuestro padre os manda?
PRÍNCIPE. No puede tener mi padre
jurisdicción en mi alma.
DOÑA INÉS. ¿Y si la Infanta porfía?
PRÍNCIPE. Aunque porfíe la Infanta.
DOÑA INÉS. ¿Y si el reino se conjura?
PRÍNCIPE. Aunque se perdiera España.
DOÑA INÉS. ¿Tanta firmeza?
PRÍNCIPE. Soy monte.
DOÑA INÉS. ¿Tanto amor?
PRÍNCIPE. Sólo le iguala
el tuyo.
DOÑA INÉS. ¿Tanto valor?
PRÍNCIPE. Nadie en el valor me iguala.
DOÑA INÉS. ¿Tan grande fe?
PRÍNCIPE. Sí, que ciego
a tus luces soberanas,
no es menester que te vea
para que te adore.
DOÑA INÉS. Basta;
adiós, mi bien.
PRÍNCIPE. Adiós, dueño,
¡quién contigo se qudara!
DOÑA INÉS. ¡Quién se partiera contigo!
Muerto quedo.
PRÍNCIPE. ¡Voy sin alma!
DOÑA INÉS. Adiós, adorado esposo.
PRÍNCIPE. Adiós, esposa adorada.

JORNADA TERCERA

Dicen dentro, como de casa

UNO. ¡To, to por acá; acudid,

aprisa el sabueso, aprisa!
¡Al valle, al valle, a la fuente,
no se escape, arriba, arriba,
no se nos vaya!

BRITO. (Dentro). Éstos son
cazadores de Coimbra.

CAZADOR. ¡Subid al monte, subid!
¡Huyendo va la corcilla,
hacia la fuente, acudid!

Salen el PRÍNCIPE y BRITO

PRÍNCIPE. ¡Ay, Doña Inés de mi vida!
Parecióme que acosada,
mal hallada y perseguida,
hacia la fuente llegaba.

BRITO. ¿Quién, señor?

PRÍNCIPE. Mi Inés divina.

BRITO. ¿Otro agüerito tenemos?

PRÍNCIPE. Sin duda fue fantasía
porque a ser verdad, es cierto
que mi esposa no se iría,
Brito, a arrojar a la fuente,
sino a las lágrimas mías.

BRITO. De Santarem has venido
y estamos ya de la quinta
una legua poco más;
pronto la verás muy fina
entre tus brazos.

PRÍNCIPE. ¡Ay, cielos!

BRITO. Y ahora ¿por qué suspiras?

PRÍNCIPE. Porque no llego a sus brazos.

BRITO. Todo esto es azarería.

PRÍNCIPE. Di, Brito, que éste es deseo
de gozar la peregrina
deidad de Inés, que es tan grande
que sólo pudo a ella misma
igualarse.

BRITO. Así es verdad.

PRÍNCIPE. Todas las flores de envidia
suelen quedar...

BRITO. ¿De qué suerte?

PRÍNCIPE. O agostadas o marchitas.
La rosa, reina de todas,
mirando a mi Inés divina
quedó corrida de verla,
pálida y envejecida.
El clavel, Brito, agostado,
cuando miró en sus mejillas
más viva púrpura envuelta
en sangre de Venus fina.
Díjome un bello jazmín:
jamás, Príncipe, permitas
que tu Inés vea las flores,
porque en viéndolas, corridas,
no se atreven a crecer;

y tras sí mismas perdidas,
siendo maravillas todas,
dejan de ser maravillas.

BRITO. ¿Cuándo te ha hablado el jazmín
que te ha dicho estas mentiras?
Ten seso y vamos al caso.

PRÍNCIPE. Advierte, pues yo quería,
porque ninguno me viese,
no llegar hasta la quinta.
Y para esto esta carta
de Santarem traigo escrita,
porque desde aquí la lleves;
y otra también prevenida
traigo para el Condestable;
llévalas pues.

BRITO. ¿Y me envías
con estas cartas a mí?

PRÍNCIPE. Pues ¿a quién jamás se fía
mi pecho, si no es a ti?
Parte, acaba.

BRITO. Y si por dicha
me encontraste Alvar González
y Egas Coello, que privan
y hecha general visita
de todas las faltriqueras
viesen las cartas, y vistas
me mandasen a ahorcar;
pregunto, señor, ¿sería
buen viaje el que hubiera hecho?

PRÍNCIPE. No temas, pues que te anima
mi valor.

BRITO. ¡Qué linda flema!
Si estoy ahorcado por dicha
una vez, ¿ de qué provecho
lo que me ofreces sería?
¿Para mí podría valerme
tu valor en la otra vida?

PRÍNCIPE. Brito, llevarlas es fuerza.

BRITO. ¿Pues por qué causa a la vista
de la quinta te detienes?

PRÍNCIPE. Porque mi padre en la quinta
me dicen que está, de Coello,
que a cazar vino estos días,
y no quiero que me vea.

BRITO. Y si prosiguen la enigma
de la garza esos dos sacres
que la prisión solicitan
de Inés, pregunto, señor,
¿qué hará el Príncipe?

PRÍNCIPE. ¿Por dicha,
aquestos sacres villanos
se atreverán a mi dicha?
Porque guardad mi garza
y alentada de sí misma,

aunque con tornos la cerquen,
aunque airados la persigan,
remontará tanto el vuelo
que la perderán de vista.
Y los sacres altaneros,
cuando vean que examina
por las campañas del aire
toda la región vacía,
cansados de remontarse
en mirándola vecina
del cielo, que es cetro suyo,
y en él a Inés, esculpida,
si la buscan garza errante,
la hallarán estrella fija.

BRITO. Lindamente la has volado,
di ya lo que determinas.

PRÍNCIPE. Que partas, Brito, al Mondego,
que yo te espero en la quinta
que está de allá media legua
y una legua de Coimbra.

BRITO- Allí estarás escondido
mientras yo aviso a la ninfa
más hermosa de la tierra.

PRÍNCIPE. Sí, Brito; allí determina
mi amor quedarte esperando,
allí la esperanza mía,
hasta que te vuelva a ver,
de un cabello estará asida.
Allí mi amor mal hallado,
aguardará a que le digas
si puede llegar a ver
el objeto que le anima.
Allí, Brito, viviré,
si es que puede ser que viva,
quien tiene, como yo tengo,
en otra parte la vida.

BRITO. Allí puedes esperar
a que luego allí te diga
lo que allí ha pasado, allí;
que has dicho una retahíla
de allíes para cansar
con allíes una tía.
¡Cuerpo de Dios con tu allí!

PRÍNCIPE. Dila muchas cosas, dila
que las niñas de mis ojos,
en su memoria perdidas,
si bien como niñas lloran,
sienten también como niñas...

BRITO. ¡Viva el príncipe Don Pedro!

PRÍNCIPE. Di que Inés mi dueña viva!

BRITO. ¡Qué amor tan de Portugal!

PRÍNCIPE. ¡Qué verdad tan de castilla!

Vanse y salen a un balcón DOÑA INÉS y VIOLANTE con almohadillas

DOÑA INÉS. ¿Qué hora es?

VIOLANTE. Las tres han dado.
DOÑA INÉS. Trae, Violante, el almohadilla.
VIOLANTE. Aquí está ya.
DOÑA INÉS Pues sentadas,
esto que falta del día
estemos en el balcón.
¡Ay de mí!
VIOLANTE. ¿Por qué suspiras?
DOÑA INÉS. Porque desde ayer estoy
sin alma que me anima.
VIOLANTE. ¿Cantaré?
DOÑA INÉS. Canta, Violante;
divierte las penas mías.
(Canta VIOLANTE)
Es verdad que yo la vi
en el campo entre las flores,
cuando Celia dijo así:
¡Ay, que me muero de amores,
tengan lástima de mí!
DOÑA INÉS. Aguarda, espera, Violante,
deja ahora de cantar,
que temo alguna desdicha
que no podré remediar.
VIOLANTE. ¿Qué tienes, señora mía?
¿Hay algún nuevo pesar?
DOÑA INÉS. Por los campos de Mondego
caballeros vi asomar,
y según he reparado
se van acercando acá.
Armada gente les sigue,
válgame Dios, ¿qué será?
¿A quién irán a prender?
Que aunque puedo imaginar
que el rigor es contra mí,
me hace llegarlo a dudar
que son para una mujer
muchas armas las que traen.
VIOLANTE. Jesús, señora, ¿eso dices?
DOÑA INÉS. Violante, no puedo más
mi temor; pero volvamos
a la labor, que será
inadvertida prudencia
pronosticarme yo el mal.
Salen el REY, ALVAR GONZÁLEZ, EGAS COELLO y gente
REY. Mucho lo he sentido, Coello.
ALVAR. Señor, vuestra Majestad
por sosegar todo el reino,
no lo ha podido exucar.
EGAS. Señor, aunque del rigor
que queréis ejecutar,
parezca que en nuestro efecto
haya alguna voluntad,
sabe Dios que con el alma
la quisiéramos librar;

pero todo el reino pide
su vida, y es fuerza dar,
por quitar inconvenientes,
a Doña Inés.

REY. Ea, callad.
¡Válgame Dios, trino y uno!
Que así se ha de sosegar
el reino. ¡A fe de quien soy,
que quisiera más dejar
la dilatada corona
que tengo de Portugal,
que no ejecutar severo
en Inés tan gran crueldad!
Llamad, pues, a Doña Inés.

EGAS. Puesta en el balcón está
haciendo labor.

REY. Coello,
¿visteis tan gran beldad?
¡Que he de tratar con rigor
a quien toda la piedad
quisiera mostrar!

ALVAR. Señor,
si severo no os mostráis
peligra vuestra corona.

REY. Alvar González, callad;
dejadme que me enternezca,
si luego me he de mostrar
riguroso y justiciero
con su inocente deidad.
¡Ay, Inés, cómo ignorante
desta batalla campal
es poco acero la aguja
para defenderte ya!
Llamadla, pues.

ALVAR. Doña Inés,
mirad que su majestad
manda que al punto bajéis.

REY. ¿Hay más extraña Inés?

DOÑA INÉS. Ponerme a los pies del Rey
será subir, no bajar.

ALVAR. Ya viene.

REY. No sé dónde
la pudiera, ¡ay Dios!, librar
deste rigor, desta pena;
mas, por Dios, que he de intentar
todos los medios posibles.
Egas Coello, mirad
que yo no soy parte en esto;
y si esque se puede hallar
modo para que no muera,
se busque.

EGAS. Llego a ignorar
el modo.

ALVAR. Yo no le hallo.

REY. Pues si no le halláis, callad,
y a nada me repliquéis.
Salen DOÑA INÉS y los NIÑOS y VIOLANTE
DOÑA INÉS. Vuestra Majestad real
me dé sus plantas, señor;
Dionís y Alfonso, llegad;
besadle la mano al Rey.
REY. ¡Qué peregrino beldad!
¡Válgate Dios por mujer!
¿Quién te trajo a Portugal?
DOÑA INÉS. ¿No me respondéis, señor?
REY. Doña Inés, no es tiempo ya
sino de mostrarme airado,
porque vos la causa dais
para alborotarme el reino
con intentaros casar
con el Príncipe, mas esto
es fácil de remediar,
con probar que le matrimonio
no se puede hacer.
DOÑA INÉS. Mirad...
Inés, no os turbéis, que es cierto;
vos no os pudisteis casar
siendo mi deuda, con Pedro
sin dispensación.
DOÑA INÉS. Verdad
es, señor, lo que decís;
mas antes de efectuar
el matrimonio, se trajo
la dispensación.
REY. Callad,
noramala para vos,
Doña Inés, que os despeñáis,
pues si es como vos decís,
será fuerza que muráis.
DOÑA INÉS. De manera, gran señor,
que cuando vos confesáis
que soy deuda vuestra, y yo,
atenta a mi calidad,
ostentando pundonores,
negada a la liviandad,
para casar con Don Pedro,
dispensas hice sacar,
¿mandáis que muera, ¡ay de mí!,
a manos desta crueldad?
¿Luego el haber sido buena
queréis, señor, castigar?
REY. También el hombre en naciendo
parece, si le miráis,
de pies y manos atado,
reo de desdichas ya,
y no cometió más culpa
que nacer para llorar.
Vos nacisteis muy hermosa,

esa culpa tenéis, mas...
(*Aparte*.)
No sé, vive Dios, qué hacerme.

EGAS. Señor, vuestra Majestad
no se enternezca.

ALVAR Señor,
no mostréis ahora piedad,
mirad que aventuráis mucho.

REY. Callad, amigos, callad,
pues no pudo remediarla,
dejádmela consolar.
¡Doña Inés, hija, Inés mía...!

DOÑA INÉS. ¿Estoy perdonada ya?

REY. No; sino que quiero yo
que sintamos este mal
ambos a dos, pues no pudo
librarte.

DOÑA INÉS. ¿Hay desdicha igual?
¿Por qué, señor, tal rigor?

REY. Porque todo el reino está
conjurado contra vos.

DOÑA INÉS. Dionís, Afonso, llegad,
suplicad a vuestro abuelo
que me quiera perdonar.

REY. No hay remedio.

ALFONSO. ¡Abuelo mío!

DIONÍS. ¿No ve a mi madre llorar?
Pues ¿por qué no la perdona?

REY. Apenas puedo ya hablar,
Inés, que muráis es fuerza,
y aunque la muerte sintáis
sabe Dios, aunque yo viva,
quién ha de sentirla más.

DOÑA INÉS. No siento, señor; no siento
esta desdicha presente,
sino porque Pedro ausente
tendrá mayor sentimiento;
antes viene a ser contento
en mí esta muerte homicida,
que perder por él la vida
no ha sido nada, señor,
porque ha mucho que mi amor
se la tenía ofrecida,
y cuando tu Majestad
quiera quitarme la vida
la dará por bien perdida,
que en mí viene a ser piedad
lo que parece crueldad,
si bien en viendo mi muerte
y mi desdicha suerte
morirá también mi esposo
pues este rigor forzoso
no será en él mesmo fuerte.
De parte os ponéis, señor,

del mal, porque al bien excede,
y ayudar a quien más puede
es flaqueza, no es valor;
si el cielo dio a Pedro amor
y a mí (porque más dichosa
mereciese ser su esposa)
belleza de él tan amada,
no me hagáis vos desdichada
porque me hizo Dios hermosa.
Sed piadoso, sed humano:
¿cuál hombre, por lo cortés,
vio una mujer a sus pies,
que no le diese mano?
Atributo es soberano
de los reyes la clemencia
tenga, pues, en mi sentencia,
piedad vuestra Majestad,
mirando mi poca edad
y mirando mi inocencia.
No os digo tales afectos,
aunque el sentimiento elijo
por mujer de vuestro hijo,
por madre de vuestros nietos,
sino porque uno, ambos mueres:
que si dos liras pusieren
sin disonancia ninguna
herida sólo una
suena esotra que no hiere.
¿Nunca, di, llegaste a ver
una nube que hasta el cielo
sube amenazado el suelo,
y entre el dudar y el temer
irse a otra parte a verter,
cesando la confusión,
y en su misma región?
Pues en Pedro esto ha de ser,
siendo nubes en su ser,
son llanto en mi corazón.
¿No oíste de un delincuente
que por temor del castigo
llevando a un niño consigo
subió a una torre eminente,
y que por el inocente
daba sustento forzoso
a entrambo el juez piadoso?
Pues yo a mi Pedro me así,
dadme vos la vida a mí
por que no muera mi esposo.

REY. Doña Inés, ya no hay remedio;
fuerza ha de ser que muráis,
dadme mis nietos y adiós.

DOÑA INÉS. ¿A mis hijos me quitáis?
rey Don Alfonso, señor,
¿por qué me queréis quitar

la vida de tantas veces?
Advertid, señor, mirar
que el corazón a pedazos,
dividido me arrancáis.

REY. Llevadlos, Alvar González.

DOÑA INÉS. Hijos míos, ¿dónde vais,
dónde vais sin vuestra madre?
¿Falta en los hombres piedad?
¿Adónde váis, luces mías?
¿Cómo que así me dejáis
en el mayor desconsuelo
en manos de la crueldad?

ALFÓNSO. Consuélate, madre mía,
y adiós te puedes quedar,
que vamos con nuestra abuelo
y no querrá hacernos mal.

DOÑA INÉS. ¿Posible es, señor, rey mío,
padre, que así me cerráis
la puerta para el perdón
que no lleguéis a mirar
que soy vuestra humilde esclava?
¿La vida queréis quitar
a quien rendida tenéis?
Mirad, Alfonso, mirar,
que aunque vos llevéis mis hijos,
y aunque abuelo seáis,
sin el amor de la madre
no se han de poder criar.
Ahora, señor, ahora,
ahora es tiempo de mostrar
el mucho poder que tiene
vuestra real Majestad.
¿Qué me respondéis, rey mío?

REY. Doña Inés, no puedo hallar
modo para remediaros,
y es mi desventura tal
que tengo ahora, aunque Rey,
limitada potestad.
Alvar González, Coello,
con Doña Inés os quedad,
que no quiero ver su muerte.

DOÑA INÉS. ¿Cómo, señor, os vais;
a Alvar González y a Coello
inhumano me entregáis?
Hijos, hijos de mi vida;
dejádmelos abrazar.
Alfonso, mi vida, hijo
Dionís, amores, tornad,
tornad a ver vuestra madre.
Pedro mío, ¿dónde estás,
que así te olvidas de mí?
¿Posible es que en tanto mal
me falte tu vista, esposo?
¡Quién te pudiera avisar

del peligro en que afligida
Doña Inés, tu esposa, está!

REY. Venid, conmigo, infelices
infanta de Portugal.
¡Oh, nunca, cielos, llegara
la sentencia a pronunciar,
pues si Inés pierde la vida,
yo también me voy mortal!

(Vase el REY con los NIÑOS)

DOÑA INÉS ¿Qué al fin no tengo remedio?
Pues rey Alfonso, escuchad:
Apelo aquí al supremo
y divino tribunal,
adonde de tu injusticia
la causa se ha de juzgar. *(Vanse.)*

Sale el PRÍNCIPE con una caña en la mano

PRÍNCIPE. Cuando de esperar en esta quinta
donde Amaltea sus abriles pinta
con diversos colores
cuadros de murtas, arrayán y flores,
sin temer el empeño,
me he acercado por ver mi hermoso dueño,
a esta caña arrimado,
que por lo humilde sólo la he estimado,
pues al verla me ofrece
que en lo humilde a mi esposa se parece.
Entré por el jardín sin que me viera
el jardinero, pasé la escalera,
y sin que nadie en casa haya encontrado,
he llegado a la sala del estrado.
¡Hola, Violante, Inés, Brito, criados!
Nadie responde; pero ¿qué enlutados
a la vista se ofrece?
El Condestable y Nuño me parecen.

Salen el CONDESTABLE y NUÑO con lutos

CONDES. ¡Válgame Dios!
NUÑO. El Príncipe es sin duda.
CONDES. Yerta tengo la voz, la lengua muda.
PRÍNCIPE. Condestable, ¿qué es esto? ¿Qué hay de nuevo?
CONDES. Decidlo, Nuño, vos.
NUÑO. Yo no me atrevo.
PRÍNCIPE. ¿Qué tenéis? respondedme en dudas tantas.
CONDES. Denos tu Majestad sus reales plantas.
PRÍNCIPE. ¿Mi padre es muerto ya?
CONDES. Señor, la Parca
cortó la vida al ínclito Monarca.
PRÍNCIPE. Pues ¿adónde murió?
CONDES. En la quinta ha sido
de Egas Coello, porque había venido
su Majestad a caza, y de repente
le sobrevino el último accidente
de su vida, y de suerte nos quedamos,
que con haberlo visto, lo dudamos.
PRÍNCIPE. Aunque con justo llanto

deba sentir haber perdido tanto,
mi mayor sentimiento
(la lengua se desmaya y el aliento)
es no haberme llamado
para verle morir. Mas pues el hado
dispuso (adversa suerte)
que no llegase al tiempo de su muerte,
en sus honras verán hoy mis vasallos
en cuánto al dolor llego a imitallos,
excediendo a la pena desta nueva
todo el dolor y pena que yo deba.
Y pues mi Inés divina es tan hermosa
mi muy amada esposa,
ya que alegre y contenta
hoy su grandeza en Portugal ostenta,
todo en aqueste día,
si hasta aquí fue pesar, será alegría.
Llamad a mi Inés bella.

CONDES. (*Aparte*.) ¡Qué desdicha!

PRÍNCIPE. No se dilate, Nuño, aquesta dicha;
al punto llamad a mi ángel bello.

CONDES. Sepa tu Majestad que Egas Coello
y Alvar González a Castilla han ido.

PRÍNCIPE. Sin duda mis enojos han temido;
alcanzadlos, que quiero
ser piadoso, no airado y justiciero,
y a los pies de mi Inés luego postrados,
de mí y la Reina quedarán honrados.

NUÑO. ¡Oh desdichada suerte!

CONDES. Hoy recelo del Príncipe la muerte. (Vase)

PRÍNCIPE. ¡Que ha llegado ya el día
en que pueda decir que Inés es mía!
¡Qué alegre y qué gustosa
reinará ya conmigo Inés hermosa!
Y Portugal será en mi casamiento
todo fiestas, saraos y contento,
o en público saldré con ella al lado:
un vestido bordado
de estrellas la he de hacer, siendo adivina,
porque conozcan, siendo Inés divina,
que cuando la prefiero,
si ellas estrellas son, ella es lucero.
¡Oh, cómo ya se tarda!
¡Qué pensión tiene quien amante aguarda!
¿Cómo a hablarme no viene?
Mayores sentimientos me previenen.
A buscarla entraré, que tengo celos
de que a verme no salgan sus dos cielos.

(Canta una voz.)

¿Dónde vas el caballero,
dónde vas, triste de ti?,
que la tu querida esposa

muerta está que yo la vi.
Las señas que ella tenía
bien te las sabré decir:
su garganta es de alabastro
y sus manos de marfil.

PRÍNCIPE. Aguarda, voz funesta,
da a mis recelos y temor respuesta,
aguarda, espera, tente.

Sale la INFANTA *de luto y le detiene*

INFANTA. Espera tú, señor, que brevemente
a tu real Majestad decirle quiero
lo que cantó llorando el jardinero.
Con el Rey mi señor que muerto yace
por cuya muerte todo el reino hace
tan justo sentimiento,
a divertirte un rato el pensamiento,
salí a caza una tarde,
haciendo a mi valor vistoso alarde
llegué a esa quinta donde yace muerto,
este dolor advierto
(¡oh cielos, oh pena airada!),
hallé una flor hermosa, pero ajada,
quitando (¡oh dura pena!)
la fragancia a una cándida azucena,
dejando el golpe airado
un hermoso clavel desfigurado,
trocando, con airado desconsuelo,
una nube de fuego en duro yelo.
Y en fin, muestre valor ya tu grandeza,
a quitar hoy al mundo la belleza
provocándole a ello
Alvar González y el traidor Coello.
Con dos golpes airados,
arroyos de coral vi desatados
de una garganta tan hermosa y bella
que aun mi lengua no puede encarecella,
pues su tersa blancura
cabal dechado fue de su hermosura.
Parece que no entiendes
por las señas quién es, o es que pretendes
quedar del sentimiento
por basa de su infausto monumento,
mas para que no ignores
quién padeció estos bárbaros rigores
ya te diré quién es, estáme atento,
que, su sangre sembrado por el suelo
murió tu bella Inés.

PRÍNCIPE. ¡Válgame el cielo! (Desmáyase.)

INFANTA. Del pasar que ha tomado
el nuevo Rey, ¡ay Dios!, se ha desmayado.
¡Caballeros, hidalgos, hola gente!

CONDES. ¿Qué manda vuestra Alteza?

INFANTA. Un accidente
al Rey le ha dado, remediadle al punto,

pues temo es ya difunto,
que yo, compadecida
de que la hermosa Inés perdió la vida
y de aqueste espectáculo sangriento,
en las alas del viento,
lastimada y amante,
a Navarra me parto en este instante. *(Vase la INFANTA.)*

CONDES. El rey está desmayado.
Rey de Portugal, señor,
que el sentido os ha quitado,
si vuestra esposa ha faltado
no faltéis vos; id severo,
riguroso, airado y fiero
contra quien os ofendió,
quien amante os advirtió
os admire justiciero. *(Vuelve en sí el PRÍNCIPE.)*

PRÍNCIPE. Si Inés hermosa murió
¿no fue por quererme? Sí.
¿Muriera mi Inés aquí
si no me quisiera? No.
Luego la causa soy yo
de la pena que le han dado;
¿cómo Pedro, desdichado,
si Inés murió vivo quedas?
¿Cómo es posible que quedas
no morir de tu cuidado?
En fin, Inés, por mí ha sido,
por mí que ciego te adoro
(de cólera y pena lloro
la muerte que has padecido
sin haberla merecido);
¿cuál fue la mano cruel
que de mi inocente Abel
(a pesar de mi sosiego),
bárbaro, atrevido y ciego
cortó el hermoso clavel?
¿Qué me detengo? Ya voy;
voy a ver mi muerto bien.
¿Quién, cielos divinos, quién
me ha olvidado de quien soy?
¿Cómo reportado estoy?
Aguarda, Inés celestial,
que también estoy mortal;
no te partas sin tu esposo,
que me dejarás quejoso,
si no partimos el mal.

CONDES. ¿Dónde vas, señor?

PRÍNCIPE. A ver
mi Doña Inés hermosa,
a ver mi difunta esposa,
a la que reina ha de ser.

CONDES. Mirad que podéis perder
la vida, señor.

PRÍNCIPE. Callad;

dejad que la vea, dejad
que en sus brazos llegue a verme,
que no hago nada en perderme
perdida ya su deidad.

Sale NUÑO

NUÑO. Ya a Alvar González y a Coello
presos trajeron, señor.

PRÍNCIPE. Mostrar quiero mi rigor
en los dos. ¡Ay, ángel bello!
Quisiera poder hecello
en estos dos inhumanos,
matándolos con mis manos
sin que mi piedad inciten.
Por las espaldas les quiten
los corazones villanos;
y para mayor tormento,
procuren, si pueden ser,
que los dos los puedan ver
antes que les falte aliento;
y luego para escarmiento,
con dos crueles arpones,
entre horror y confusiones,
queden mil pedazos hechos;
¡Oh, si pudiera en dos pechos
caber muchos corazones!
Veamos ahora a Inés.

CONDES. Gran señor, no la veáis;
mirad que así aventuráis
la vida; vedla después.

PRÍNCIPES. ¿Por qué lástima tenéis
de mi vida si estoy muerto?
Verla quiero, pues advierto
que no puede ser mayor
mi tormento y mi dolor.

CONDES. Ya, gran señor, está abierto.

(Descubren a DOÑA INÉS *muerta sobre unas almohadas.)*

PRÍNCIPE. ¿Posible es que hubo homicida
fiero, cruel y tirano,
que con sacrílega mano
osó quitarte la vida?
¿Cómo es posible, ¡ay de mí!,
cómo, cómo puede ser
que quien a mí me dio el ser
te diese la muerte a ti?
Por su cuello, ¡pena fiera!,
corre la púrpura hela
en claveles desatada.
¡Ay, Doña Inés, quién pudiera
detener es raudal,
dar vida a ese hermoso sol,
dar aliento a ese arrebol,
y soldar ese cristal!
¡Ay mano, ya sin recelo
ser alabastro pudieras,

que hasta ahora no lo eras
porque te faltaba el yelo!
Ya faltó tu hermoso abril,
si bien piensa mi cuidado,
Inés, que te ha transformado
en estatua de marfil.
Si la vida te faltó
tampoco, Inés, tengo vida,
pues mi hermosa luz perdida
no estoy menos muerto yo.
Nuño de Almeida, a Violante
de mi parte la decid
que os entregue una corona
que yo a mi esposa le di
cuando me casé, en señal
de que reinara feliz
si viviera.

NUÑO. Voy por ella.

PRÍNCIPE. Vos, Condestable, advertid
que os encarguéis del entierro,
llevándola desde aquí
a Alcobaza con gran pompa
honrándome en ella a mí.
Y porque yo gusto de ello,
el camino haréis cubrir
de antorchas blancas que envidie
el estrellado zafir
todas diez y siete leguas,
que también lo hiciera así
si como son diez y siete
fueran diez y siete mil.

Sale el CONDESTABLE

CONDES. Murieron los dos, a quien
espalda y pecho hice abrir.

PRÍNCIPE. Cubrid el hermoso cuerpo
mientras que voy a sentir
mi desdicha. ¡Ay, bella Inés!,
ya no hay gusto para mí,
que faltándome tu sol
¡cómo es posible vivir!
Vamos a morir, sentidos ;
amor, vamos a sentir. *(Vase el PRÍNCIPE.)*

CONDES. Ésta es la Inés laureada
con que el poeta da fin
a su tragedia, en que pudo
Reinar después de morir.

fin